

En esto pensad

Filipenses 4:8

Lecturas de edificación cristiana

Contenido

Testigos	181
El amor, rasgo distintivo del testigo de Cristo	189
Trapos viejos y ropas raídas	197
En vísperas del día de la liberación	201
Ha resucitado el Señor verdaderamente (VI)	205
Índice año 2006	216

Año XI. Nº 6

Noviembre - Diciembre 2006

EN ESTO PENSAD

LECTURAS DE EDIFICACION CRISTIANA

Es una publicación de distribución gratuita que se sostiene con las oraciones y la contribución de los hermanos que deseen colaborar.

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

Roberto Jorge Arakelian
Cap. Cairo 546
(1842) Monte Grande
Buenos Aires
Argentina

©2006 Todos los derechos reservados. Editor: Jorge Arakelian.

Los artículos editados en otros idiomas se han traducido con el permiso de sus editores. Derechos de traducción reservados. Permiso de reproducción únicamente de forma completa y sin cambios. Queda prohibido utilizar este material con fines comerciales y/o cobrarlos.

NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

Abreviaturas:

BAS	= Biblia de las Américas
RV 1909	= Reina-Valera Revisión 1909
RVR 77	= Reina-Valera Revisión 1977
RVA	= Reina-Valera Actualizada 1989
VM	= Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929)
N.T.I. <i>Gr./Esp.</i>	= Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva)
VHA	= Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento)

(*M. E.*) = *Messenger Évangélique*

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ” y las citas no bíblicas entre comillas: « »

TESTIGOS

La manifestación de la vida es un hecho natural. La misma tiene lugar tanto en el plano espiritual como en el físico. De igual manera, es imposible que la vida de Cristo quede oculta en aquellos que la poseen. El Señor Jesús mismo dijo: “Nadie que enciende una luz la cubre con una vasija, ni la pone debajo de la cama, sino que la pone en un candelero, para que los que entran vean la luz” (Lucas 8:16). Es preciso que nuestro cristianismo sea como “una ciudad asentada sobre un monte” (Mateo 5:14), la cual no puede quedar oculta. Para ello es importante que manifestemos a Cristo en nuestro andar, pero también que lo confesemos abiertamente con nuestra boca.

Al respecto, existe una necesidad sobre la cual nunca se insistirá lo suficiente y que, desgraciadamente, a menudo es ignorada en nuestra época de tibieza y de mundanalidad. Si consideramos la actitud de los creyentes fieles del pasado, veremos el valor que ellos le otorgaban a tal testimonio oral de su fe en Jesucristo, y esto a pesar de las persecuciones a las cuales se exponían. Pero ¡qué poder y qué frutos caracterizaban a su cristianismo! Muchos de entre ellos sellaron con su sangre el testimonio que manifestaron acerca de su Señor, dando así al título de “testigo” la plena acepción de su significado¹⁾.

¿Por qué, pues, el creyente debe confesar a Cristo con sus labios y no contentarse solamente con creer en él de corazón? Primeramente, porque el Señor mismo nos manda a que demos testimonio oral delante de los hombres: “A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le

1) El término griego traducido por “testigo” *esmartus*, del cual deriva la palabra “mártir”.

confesaré delante de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 10:32). Por lo tanto, Él espera de los suyos una confesión clara y nítida en todas las circunstancias en las que son llamados a dar tal testimonio.

Por supuesto, en esto, como en todas las cosas, debemos dejarnos guiar por el Espíritu, pues hay “tiempo de callar, y tiempo de hablar” (Eclesiastés 3:7). Que el Señor nos guarde en su dependencia, a fin de que nuestra palabra sea realmente dada de su parte; sólo así ella será “provechosa” y “dicha a su tiempo”. Efectivamente, si no refrenar nuestros labios es importante (Salmo 40:9), es conveniente evitar también toda intemperancia y toda inoportunidad en nuestro lenguaje. Finalmente, aquel que obra dependiendo plenamente del Señor será guardado también de dar “lo santo a los perros” (Mateo 7:6).

Después de recordar estas cosas, digamos ¡qué gozo es para el Señor y qué bendición para nosotros cuando, fieles a su mandato, confesamos abiertamente su nombre delante de los hombres! Sólo aquellos que lo hacen y proclaman su fe en Cristo y su amor por él, sin temor y sin vergüenza, pueden gozar verdaderamente de una vida cristiana feliz, bendita y radiante. No se trata de la confesión “para salvación” mencionada en Romanos 10:9-10, mediante la cual el pecador arrepentido reconoce el señorío de Cristo y cree de corazón para justicia, sino de un testimonio dado delante de los hombres sobre lo que poseemos en Él.

Efectivamente, ¿cómo podríamos dejar de hablar de las maravillas que nuestro amado Salvador ha obrado a favor de nosotros? Si fuésemos más conscientes del infinito valor de la salvación que Cristo nos adquirió al precio de su sangre, si recordáramos más de qué condiciones nos ha librado y los sufri-

mientos que padeció por esto, ¿con qué celo participaríamos a otros la salvación que Él ofrece gratuitamente a todo pecador arrepentido! La esposa de un hombre distinguido no siente temor de hablar de él ni le incomoda hacerlo; al contrario, ella lo hace con legítima dignidad. Y los que formamos parte de la Esposa de Cristo, ¿temeríamos confesar abiertamente su nombre delante de los hombres? “Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras, de éste se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria, y en la del Padre, y de los santos ángeles” (Lucas 9:26).

Somos exhortados a anunciar las virtudes de Aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable (1.ª Pedro 2:9). Y este mensaje ha llegado hasta nosotros porque millares de testigos fieles obedecieron ese mandato y proclamaron, de una generación a otra, la buena nueva de la salvación en Cristo. ¿Rehusaríamos transmitirlo a otros, durante el tiempo que nos toque a nosotros? Que el Señor nos conceda una clara mirada para ver nuestra responsabilidad al respecto; y que sepamos preguntarnos a nosotros mismos delante de Él acerca de lo que hemos hecho hasta ahora a favor de la propagación del Evangelio. ¿Acaso hemos expuesto nuestra vida por ello? ¿Hemos abierto nuestra boca? ¿Hemos desplegado la bandera del Rey (Salmo 60:4)? ¿Estamos listos para comprometernos personalmente por Cristo cuando se presenta la ocasión? ¿Somos conocidos como Sus testigos en nuestro entorno habitual?

Cuando el endemoniado de Gadara, ya sanado, le rogó a Jesús que le permitiera seguirlo, el Señor no dio cabida a su pedido que, no obstante, reflejaba un apego muy comprensible a Aquel que lo había librado. El Señor le dijo: “Vuélvete a **tu casa**, y **cuenta** cuán grandes cosas ha hecho Dios contigo”

(Lucas 8:39). Él quería que un testigo permaneciera entre aquellos hombres que lo habían echado de sus contornos. ¿No somos acaso, nosotros también, llamados a ser testigos de Cristo rechazado, en medio de un mundo que hoy aún proclama: “No queremos que éste reine sobre nosotros”? El endemoniado que había sido sanado, fiel a la misión que el Señor le había confiado, “se fue, publicando por toda la ciudad cuán grandes cosas había hecho Jesús con él.” Por otra parte, su testimonio no careció de fruto pues, en Marcos 6:54 y versículos siguientes, leemos que, cuando más tarde Jesús regresó a esa comarca, “en seguida la gente le conoció. Y recorriendo toda la tierra de alrededor, comenzaron a traer de todas partes enfermos en lechos, a donde oían que estaba”.

A veces se escucha decir que lo esencial no es el testimonio oral, sino más bien un andar fiel. Las dos cosas, en principio, son inseparables y deberían serlo de hecho. Pues si nuestra conducta contradice lo que decimos con nuestras palabras, nuestro testimonio carecerá de valor y el mundo podrá, con razón, acusarnos de hipócritas. El testimonio mudo normalmente precede a la palabra, la prepara; llama la atención y genera las preguntas a las cuales el fiel responderá “con mansedumbre y reverencia” (1.ª Pedro 3:15). Si los actos del creyente desmienten sus palabras, los hombres se escandalizan y el testimonio oral agrava aun, haciendo más notorios, los efectos desastrosos que un andar infiel provoca en los incrédulos.

Es, pues, importante que el testimonio oral esté en perfecto acuerdo con el comportamiento del creyente en su vida cotidiana. Sin embargo, un testimonio que solamente fuera mudo sería incompleto, porque un andar fiel no bastará nunca, por sí solo, para diferenciarnos ante los ojos del mundo, de las

«personas honestas», tales como las que se encuentran en todas partes. Por otra parte, los creyentes que «esconden la bandera» y se contentan con ser «testigos mudos», muy a menudo sólo tienen una preocupación: pasar desapercibidos. Si los testigos de Cristo hubieran rendido solamente un testimonio mudo, durante el transcurso de las edades, el Evangelio no se habría difundido.

La orden que el Señor dio a los apóstoles —y que es válida para todos los creyentes de todos los tiempos— es: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Marcos 16:15). Cuando la mujer enferma de flujo de sangre se acercó al Señor por detrás y trató de ser sanada intentando pasar desapercibida, Él la condujo —¡y con qué gracia! — a declarar “delante de todo el pueblo por qué causa le había tocado, y cómo al instante había sido sanada” (Lucas 8:45-48). ¡Qué gozo fue para ella escuchar de la boca del Señor la declaración llena de amor: “Ten ánimo, hija; tu fe te ha salvado; vé en paz”, la cual no le habría sido dirigida si ella hubiera permanecido muda!

Para nosotros es igual: la confesión del nombre de Cristo es una fuente de gozo y de poder en nuestra vida. El creyente que encuentra diariamente en Cristo la resolución y el valor necesarios para testimoniar corre menos peligro de retroceder en la fe que aquel que teme el vituperio (Hebreos 5:11-14). En efecto, tal temor de comprometerse por Cristo lleva a muchos creyentes a amoldarse al mundo; de este hecho proviene la debilidad y la esterilidad que caracterizan su vida espiritual.

Además, un creyente que confiesa públicamente su fe en Cristo se ahorra muchas dificultades. Cuando el mundo sabe que estamos decididos a obedecer al Señor no busca más nuestra compañía. Quizá nos aborrecerá y despreciará, pero nos respetará mucho más que si «rengueamos con los dos pies»,

porque no toma en serio a los creyentes cuyo testimonio carece de realidad. Incluso, a menudo se comprueba que los hombres del mundo esperan ver un testimonio claro y preciso en aquellos de quienes saben que son creyentes. Si ellos descubren que tenemos vergüenza de nuestras convicciones, rehusarán considerarnos como creyentes auténticos; en cambio, saben perfectamente a qué categoría pertenecen aquellos que confiesan abiertamente el nombre de Cristo y obedecen su orden: “Me seréis testigos... hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8).

¿Qué es un testigo?

Un testigo es alguien que **sabe** algo y que está **listo para declararlo**. Es alguien que da testimonio de lo que vio u oyó. Para ser un testigo de Cristo es necesario primeramente conocerlo uno mismo, es decir, haber experimentado personalmente quién es Él.

Antes de poder atestiguar de manera eficaz que Jesús puede y quiere salvar a los pecadores, es preciso que el que lo quiere hacer posea la certeza de su salvación, del perdón de sus pecados. Y para poder dar testimonio frente a aquellos que aún no lo conocen como su Salvador, también es preciso haber experimentado personalmente que Jesús suplente absolutamente todas las necesidades del corazón humano. Cristo ¿es realmente todo para nosotros? ¿Disfrutamos de gozo y paz perfectos desde que Él hizo morada en nosotros? ¿Le entregamos todos nuestros problemas para que Él los resuelva y echamos sobre Él todas nuestras cargas con plena confianza porque sabemos que es todopoderoso y está lleno de amor? ¿Cómo podríamos dar testimonio de todo esto a otros si nosotros mismos no lo hubiéramos experimentado?

Hay aún un punto sobre el cual necesitamos reflexionar: debemos estar en condiciones de dar testimonio fundándonos en nuestra experiencia personal: Cristo nos da la victoria sobre el poder del pecado. ¡Cuántos pecadores gimen bajo el peso de las cadenas con las cuales Satanás los tiene sometidos a la esclavitud del pecado! De modo que estaremos en condiciones de darles a éstos un testimonio del poder liberador de la gracia solamente si nosotros mismos lo hemos experimentado. Lo que daba peso al mensaje del endemoniado de Gadara que había sido sanado era el hecho de que él podía declarar que el poder de Cristo había obrado a su favor. Tales testimonios personales son más eficaces que muchas predicaciones largas.

Pero, hemos dicho que el testigo no solamente debe **saber**, sino que también es necesario que esté dispuesto a **hablar**, a comunicar a otros lo que sabe. “Estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1.ª Pedro 3:15). Aquel que no está dispuesto a contar lo que sabe, sino que guarda silencio, jamás será un testigo, por firmes que sean sus convicciones. Un testigo debe abrir la boca “redimiendo el tiempo” o “aprovechando cada oportunidad” (Colosenses 4:5; VM) para decir lo que ha vivido personalmente y dar respuesta a quienquiera que le demande razón de la esperanza que está en él. “La palabra a su tiempo, ¡cuán buena es!... Manzana de oro con figuras de plata es la palabra dicha como conviene” (Proverbios 15:23 y 25:11). ¡Cuán grande es la responsabilidad del creyente que guarda silencio en el momento en que debería hablar! Dios nos dice: “Los amonestarás de mi parte.” Y añade: “Cuando yo dijere al impío: Impío, de cierto morirás; si tú no hablares para que se guarde el impío de su ca-

mino, el impío morirá por su pecado, pero su sangre yo demandaré de tu mano” (Ezequiel 33:7-8).

No tomemos levemente una exhortación tan solemne. Nosotros, testigos y objetos de la gracia divina que trae la salvación a todos los pecadores, no tenemos el derecho de callarnos; nuestro deber es testificar a otros lo que sabemos. Los cuatro leprosos mencionados en el relato del sitio de Samaria dijeron: “No estamos haciendo bien. Hoy es día de buena nueva, y nosotros callamos; y si esperamos hasta el amanecer, no alcanzará nuestra maldad. Vamos, pues, ahora, entremos y demos la nueva” (2.º Reyes 7:9). Si nuestro **corazón** está lleno de Cristo y lleno de amor por las almas, nuestra boca se abrirá por sí misma en tiempo oportuno, pues “de la abundancia del corazón habla la boca”. La debilidad, ciertamente la ausencia de nuestro testimonio oral, muy a menudo no es otra cosa que el reflejo de nuestra falta de amor. La Palabra nos exhorta a estar “siempre preparados” (1.ª Pedro 3:15). Si nuestro corazón está lleno del Señor, no perderemos ninguna ocasión para testificar de Él. Por otra parte, ese mismo pasaje nos invita a dar razón de nuestra esperanza con **mansedumbre y reverencia**. La mansedumbre, el respeto a nuestro interlocutor, la humildad y el tacto, deberían caracterizar siempre la expresión de nuestro testimonio, pues estas cualidades —que el Señor manifestó a la perfección— son apropiadas para “adornar la doctrina de Dios nuestro Salvador” (Tito 2:10). En vista de la gravedad y la seriedad que convienen a tales temas, es necesario que velemos para usar un lenguaje conveniente, el lenguaje propio de “embajadores en nombre de Cristo”. Recordaremos también que “la excelencia del poder es de Dios, y no de nosotros” (2.ª Corintios 4:7). Finalmente, el pasaje de 1.ª Pedro 3, citado ya más de una

vez, continúa con estas palabras: “Teniendo buena conciencia.” El testimonio podrá ser dado sólo si el ser interior se encuentra en buen estado. Velemos, pues, sobre todo lo que podría atentar contra dicha “buena conciencia”, y que podría privarnos de la comunión con el Señor y del poder del Espíritu Santo, indispensables para que nuestro testimonio sea verdadero y eficaz.

¡Que Dios nos conceda a todos el deseo de asumir nuestra responsabilidad al respecto, y abra nuestros labios para que seamos verdaderos testigos de Jesucristo! “Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1.ª Pedro 2:9).

M. Tapernoux (M.E. 1965)

EL AMOR, RASGO DISTINTIVO DEL TESTIGO DE CRISTO

Cuando el Señor estaba a punto de dejar a los suyos para irse al cielo, éstos le preguntaron: “Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo? Entonces Él les respondió: “No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad”; pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis **testigos** en Jerusalén, en Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:6-8).

Después de recibir el Espíritu Santo, el cual les había sido prometido, los discípulos de Cristo comenzaron a dar testi-

monio en Jerusalén, manifestando a todos que ellos eran “de un corazón y un alma” (Hechos 4:32).

La manifestación de la unidad de todos los creyentes era, pues, la pronta y maravillosa respuesta a la oración del Señor que leemos en Juan 17:18-22. Unidos de corazón a la persona del Salvador, ellos estaban llenos de amor unos a otros.

El comienzo del libro de los Hechos nos ofrece un cuadro único, lleno de frescura; es como un admirable día de primavera en que la naturaleza, bañada de luz y calor, muestra armonía y movimiento por todas partes. El sol, imagen del Sol de justicia que trae salvación en sus rayos, transforma todo mediante su claridad y calor. Cuando Cristo resplandece en nosotros, ¡qué sol es para el alma! A los creyentes en su conjunto o bien al creyente como **testigo de Cristo**, se los ha comparado, y justamente, con la luna que brilla en ausencia del sol. ¡Qué agradable es la luz de la luna para aquellos que velan durante la noche! Sabemos que ella no tiene luz propia; la toma prestada del sol al cual refleja cuando la tierra no se interpone entre ellos. ¡Qué enseñanza podemos extraer de este último hecho, nosotros que tan fácilmente nos dejamos invadir por las cosas de la tierra! Si éstas vienen a interponerse entre nosotros y Cristo, ¿dónde queda, pues, nuestra capacidad de manifestarlo? Es necesario reconocer que, lamentablemente, a menudo dormimos entre los muertos y así descuidamos vivir la realidad de lo que es para nosotros la persona del Señor Jesús, quien ahora está en la gloria. En esa condición, ¿cómo podríamos manifestarlo en nuestra vida y en nuestros caminos? Podemos señalar, una vez más, que si el hombre deja de depender de Aquel que es para él la fuente de toda bendición, entonces no prosperará en sus manos nada de lo que Dios ha confiado a su responsabilidad

La iglesia en Éfeso al principio vivió realmente según su posición celestial, por lo cual se le pudo exponer libremente los designios de Dios respecto a Cristo y la Iglesia, y el Espíritu Santo no necesitó hablarle de disciplina. Sin embargo, el peligro también existía para ella. Dios nos conoce; él sabe que nuestros pobres corazones tienden a dormirse con facilidad, pues la vieja naturaleza está en nosotros. De manera que en la epístola dirigida a los efesios hallamos la solemne advertencia: “Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo” (Efesios 5:14) Las vírgenes habían salido a recibir al esposo; pero como **él tardaba**, todas cabecearon y se durmieron (cf. Mateo 25:1-5). En este pasaje es lo primero que podemos aprender acerca de los testigos de Cristo; pero, si tiene lugar el despertar, Cristo resplandece en el alma, viene a ser precioso para ella y se refleja así mediante los suyos, puestos en contacto con él de manera práctica. Podemos pensar que la advertencia que el apóstol les dirigió a los efesios causó buen efecto; pero, tal resultado ¿fue duradero? Sea como fuere, durante la vida del apóstol Juan, el Señor, quien conocía la manera en que los suyos respondieron a su pensamiento y a sus cuidados, expuso frente a la iglesia de Éfeso el verdadero estado en que ésta se encontraba. Éfeso, como lo sabemos, representa a la Iglesia en sus comienzos, como **testigo de Cristo**. Pero, ¿qué escuchamos de boca de Aquel que tiene los pies semejantes al bronce bruñido y ojos como llama de fuego (Apocalipsis 1:12-16), de Aquel que tiene las siete estrellas en su diestra y que anda en medio de los siete candeleros de oro (Apocalipsis 2:1)? “Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y que has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has

tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado” (Apocalipsis 2:1-3). Al Señor le agrada reconocer, en primer lugar, el bien que existe en aquellos a quienes se dirige; y no olvida nada de ello. No obstante, tiene que señalar una cosa que deslucen a todas las demás y que ningún ojo humano es capaz de discernir, pero que el Señor siente personalmente. El le dice: “Pero tengo contra ti, que has dejado **tu primer amor**. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y **quitaré tu candelero** de su lugar, si no te hubieras arrepentido” (Apocalipsis 2:4-5). Las primeras obras estaban caracterizadas por el primer amor, al cual la iglesia de Éfeso era invitada a volver, si quería conservar el lugar de portadora de luz que Cristo le había dado.

Para resaltar este asunto, a menudo se ha utilizado como comparación a la mujer en su hogar. Ella podrá tener su casa en orden y cumplir su deberes diarios con perfecta puntualidad, pero si el amor que debe manifestarle a su marido deja que desear, ¿podrá éste sentirse satisfecho? Todo su hogar, por confortable que sea, habrá perdido su encanto; él desea —y esto es de suma importancia— que el corazón de su esposa responda a su amor. Esto es similar a lo que siente el corazón de Cristo respecto a sus amados redimidos. Si éstos manifiestan el amor que brota de un corazón consagrado, todo lo demás adquirirá un mayor valor ante el Señor, y él es particularmente sensible a ello.

¿Y, pues, de qué modo el testigo de Cristo podría representarlo dignamente, si su corazón no se alimenta sin cesar de Su amor mediante el poder del Espíritu Santo? ¿Por qué razón nuestro testimonio es tan débil y, se podría decir, está a pun-

to de sernos quitado tal como se desecha una lámpara inútil? ¡Ah, se debe a que, precisamente, estamos en falta frente a esto! ¿No nos hemos descuidado, dejando de beber de la fuente que el Señor puso a nuestro alcance? O quizá, después de haber gozado de tal fuente, ¿no manifestamos cierta indiferencia hacia ella? Lamentablemente, los santos de Éfeso habían llegado así al estado espiritual que se nos describe al principio de este mensaje, el cual hallamos en los primeros versículos del capítulo 2 de Apocalipsis. Comparémoslo con las palabras iniciales de la primera epístola a los Tesalonicenses:

En Apocalipsis 2:2, el Señor dice: “Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia.” En 1.^a Tesalonicenses 1:2-3, leemos: “Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones, acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de **la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor** y de vuestra **constancia en la esperanza** en nuestro Señor Jesucristo.”

En este pasaje vemos que la obra es la de la fe, que el trabajo es el del amor y que la constancia es en la esperanza. ¿Qué quiere decir esto? Pues que la fe, el amor y la esperanza, las tres cosas que ahora permanecen, estaban en pleno ejercicio en estos recién convertidos (cf. 1.^a Corintios 13:13). Era el frescor de la vida de Cristo, manifestada en su divina simplicidad; de modo que los efectos de ello fueron maravillosos, por lo cual el apóstol les escribió: “Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo, de tal manera que habéis sido **ejemplo** a todos los de Macedonia y de Acaya que han creído. Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor, no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también

en **todo lugar** vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada; porque **ellos** mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera” (1.^a Tesalonicenses 1:6-10). El secreto de este testimonio vivo para gloria de Cristo consistía en que estos fieles respiraban el aire vivificante de la presencia de Dios y se encontraban en comunión constante con Aquel que era el objeto de su fe, de su amor y de su esperanza. De esa manera, ellos estaban en íntima comunicación con **la fuente**, la cual brotaba para ellos siempre de manera abundante y refrescante.

Una vez, en una conferencia, un respetado hermano que ya está con el Señor, comentando Apocalipsis 2:2, expresó el siguiente pensamiento: «En el lecho del río aún había agua, pero la fuente se había secado.» Efectivamente, la comunicación entre el canal y la fuente no existía más; entonces ¿qué quedaba? Pues agua estancada, inútil e incluso nociva.

Si Jesús pierde valor para nosotros y el corazón de sus testigos lo deja de lado, los tales ya no son capaces de representarlo con fidelidad; y si no vuelven a su primer estado, están muy cerca de ser puestos de lado. ¡Quiera Dios que no lo olvidemos!

La historia de María Magdalena nos brinda una preciosa enseñanza que podemos relacionar con lo que estamos considerando. Lucas la menciona por primera vez entre aquellas que seguían al Señor. Jesús había tenido compasión de ella y la había librado de siete demonios. Esta mujer lo había conocido

como el Mesías y su corazón se apegó a él. Ella era una de aquellas ovejas perdidas de Israel que el buen Pastor había buscado y salvado. A causa de la maravillosa gracia de la que había sido objeto de parte del Señor, María sintió la necesidad de seguirlo y de servirlo, y nada pudo detener su infatigable consagración.

Hallamos a esta mujer cerca de la cruz de Jesús, junto con la madre de Jesús y María mujer de Cleofas (Juan 19:25). Ella asistió, con otras mujeres, a la sepultura del Señor (Lucas 23:55-56). Luego la vemos en el sepulcro, el primer día de la semana, muy de mañana, (Juan 20:1). Todo esto nos revela su consagración a Cristo.

¿Qué habría sido de esta pobre pecadora perdida, sin la intervención del Señor? Él la había amado con amor eterno, y ella, en reciprocidad, lo amó con toda la fuerza de su alma. Tal afecto tiene gran valor para el Señor, por eso ella iba a ser probada, para poner de relieve la realidad de ese amor.

Lo que leemos en Juan 20:1-18 es el relato de dicha prueba, que se repite tres veces: los dos discípulos, los ángeles y el Señor mismo fueron los medios que pusieron de manifiesto la realidad de la consagración de esta mujer a su Señor. Luego vemos cómo fue honrada por Aquel a quien a ella le agradaba servir.

Un hermano ha expresado: «El corazón de María estaba vacío de todo, salvo del dolor de haber perdido a Aquel a quien amaba tanto.» Ella estaba en el sepulcro cuando aún era de noche.

Pedro y Juan, advertidos por ella, fueron allí y comprobaron que Jesús había resucitado; pero ellos se volvieron a sus casas, dejando a María en su dolor. El corazón de ellos, pues, no estaba completamente lleno de Jesús; pero María no los si-

guió. Para ella el mundo entero era un sepulcro vacío; ella permanecía en el lugar donde había estado el Señor y allí vertía su tristeza. **Dos ángeles**, sentados en el sepulcro, fueron testigos de ello; la presencia de ellos no espantó a María, tan absorta en su dolor. Los ángeles no podían consolarla. Pero la prueba no había terminado. María percibió un movimiento detrás de sí, se volvió y vio a **Jesús**, pero no supo que era Él; lo confundió con el hortelano y le dijo, como si éste hubiera estado al corriente de lo que le causaba tan grande preocupación: “Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré” (Juan 20:15). La prueba a la que fue sometido el amor de María había finalizado. El buen Pastor se reveló a su oveja y le hizo saber que Él jamás la había perdido de vista, pues nada podía alterar su amor. ¿No lo había demostrado de manera maravillosa al dar su vida por sus ovejas?, pues habiendo “amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Juan 13:1).

El corazón de María Magdalena saciaba su sed en esa fuente, y deseaba permanecer allí. Tal era el secreto de su amor y de su consagración. El Señor llenaba todo su corazón; y, precisamente, esto era lo que Él buscaba y lo que fue puesto en evidencia mediante esa prueba triple. ¡Qué enseñanza nos brinda esto para los tiempos que atravesamos!

Un respetado siervo de Dios ha dicho: «María, aquella que buscaba entre los muertos al que vive, pero con un corazón enteramente consagrado a Él, un corazón apegado a su persona, fue la persona utilizada por el Señor para comunicar a los apóstoles el conocimiento de los privilegios más elevados que pertenecen a los creyentes. Se ve con claridad la importancia que tenía dicha consagración. Lo que caracterizaba a María no era el conocimiento, sino que su afecto era lo la apegaba espiri-

tualmente al Señor y hacía de ella un vaso propio para comunicar lo que Él tenía en su corazón. Ella, como vaso, poseía este conocimiento, pero más aún, poseía al Señor.»

Sin duda, el conocimiento es algo precioso; pero el rasgo distintivo de un testigo de Cristo, en todos los tiempos, es el que acabamos de recordar. ¡Que el Señor nos conceda la gracia de manifestar tal amor mientras esperamos su venida; y esto para la gloria de su santo Nombre y para bendición de sus redimidos!

L. Porret-Bolens (M. E. 1910)

TRAPOS VIEJOS Y ROPAS RAÍDAS

Léase Jeremías 38 y 39

Dios ha deseado recordar una obra de amor, insignificante en apariencia, ha querido tomar nota de ella y dárnosla a conocer, pues lo que se hace mediante la fe y el amor por uno de sus santos se hace para Él. Por ínfimo que pueda parecer un servicio, Él lo ve. Con mucha mayor razón cuando tal servicio concierne a hombres que, como Jeremías, sufren y conocen la angustia a causa de su testimonio. Esta es la razón por la que el Espíritu Santo refiere lo que hizo Ebed-melec, un eunuco etíope.

Jeremías era aborrecido y rechazado a causa de su fiel testimonio. Acababa de hacer saber al rey Sedequías que Dios haría caer su juicio sobre el pueblo pecador. Tal mensaje desagradó a los príncipes y provocó su ira, de tal manera que éstos obtuvieron del rey la orden para dar muerte a Jeremías. “Entonces tomaron ellos a Jeremías y lo hicieron echar en la cisterna de

Malquías hijo de Hamelec... y metieron a Jeremías con sogas. Y en la cisterna no había agua, sino cieno, y se hundió Jeremías en el cieno” (Jeremías 38:2-6).

La situación del profeta era realmente precaria. ¿Qué sentimientos habrán llenado su alma cuando se estaba hundiendo en el cieno? ¿Desaliento, quizá? ¿Tendría que morir miserablemente? No, él no murió. Si no había nadie entre su pueblo que interviniera para su liberación, Dios mismo se ocuparía en ello. Leemos: “Y oyendo Ebed-melec, hombre etíope, eunuco de la casa real, que habían puesto a Jeremías en la cisterna... Ebed-melec salió de la casa del rey y habló al rey, diciendo: Mi señor el rey, mal hicieron estos varones en todo lo que han hecho con el profeta Jeremías, al cual hicieron echar en la cisterna; porque allí morirá de hambre, pues no hay más pan en la ciudad” (v. 7-9).

A Ebed-melec no le faltó el coraje que era necesario para presentarse ante el rey y exponerle el perjuicio que sufría Jeremías, aun cuando sabía perfectamente que ese rey era verdaderamente culpable de ello. A pesar de su compasión por Jeremías, habría podido decirse: «Mi vida estará en peligro; corro el riesgo de que me echen en la cisterna junto con el profeta...» etcétera. Efectivamente, ante los ojos del rey él era sólo un extranjero. Pero la fe sabe que “como los repartimientos de las aguas, así está el corazón del rey en la mano de Jehová” (Proverbios 21:1). La fe cuenta con Dios; la incredulidad con las circunstancias.

La gestión era audaz y podía tener como consecuencia tanto una mera y simple expulsión como la condenación. Pero, leemos: “Entonces mandó el rey al mismo etíope Ebed-melec, diciendo: Toma en tu poder treinta hombres de aquí, y haz sacar

al profeta Jeremías de la cisterna, antes que muera.” Dios puede invertir así una situación. El eunuco, verdaderamente conmovido, corrió a socorrer a Jeremías ¡antes que muriera! No sabemos cuánto tiempo estuvo Jeremías en la cisterna; pero el Dios que estuvo con Daniel en el foso de los leones y con los jóvenes hebreos en el horno de fuego ardiente, ciertamente confortó a su siervo en la cisterna llena de cieno.

Sin duda, los príncipes que arrojaron a Jeremías en esa cisterna no lo hicieron con suavidad, y lo metieron con sogas para hacerlo morir de hambre. No les importaba las heridas que podían provocarle esas sogas. Pero ahora se trata de otras cuerdas. “Y tomó Ebed-melec en su poder a los hombres, y entró en la casa del rey debajo de la tesorería, y tomó de allí trapos viejos y ropas raídas y andrajosas, y los echó a Jeremías con sogas en la cisterna. Y dijo el etíope Ebed-melec a Jeremías: Pon ahora esos trapos viejos y ropas raídas y andrajosas, bajo los sobacos, debajo de las sogas. Y lo hizo así Jeremías. De este modo sacaron a Jeremías con sogas, y lo subieron de la cisterna” (v. 11-13). Fue sacado de la cisterna “con cuerdas de amor” (Oseas 11:4).

Sí, en este pasaje hallamos el amor en actividad. Algunos podrán decir, quizá con desprecio, que esas cosas eran solamente trapos viejos y ropas raídas que a Ebed-melec no le costaron nada. Sin duda, esas cosas no tienen valor en sí mismas, pero nos hablan en un lenguaje conmovedor. En esos trapos viejos y ropas raídas se manifiestan, por una parte, los **cuidados del amor de Dios** hacia su doliente siervo y, por otra, el **compasivo corazón de Ebed-melec**, quien fue el instrumento mediante el cual Dios pudo glorificarse en los cuidados que le brindaba a su siervo.

Notemos la gran importancia que tienen tales manifestaciones. Y si los cuidados del amor de Dios pueden alcanzar a uno de sus hijos **por medio de nosotros**, ¡qué privilegio tendremos! Para realizar tal servicio nadie es demasiado pobre ni demasiado débil. Cada uno puede procurarse algunos “trapos viejos y ropas raídas”. Lo importante es **la manera** en que se efectúa una obra. Ebed-melec habría podido sacar simplemente a Jeremías fuera de la cisterna, tal como lo habían metido en ella, pero él obró como lo haría el Señor con una pobre oveja herida: ¡con cuerdas de amor!

Al ir a la casa del rey para buscar esos trapos viejos y ropas raídas, Ebed-melec seguramente ignoraba que Dios dejaría escrita esa acción en las páginas de las santas Escrituras. Estaba lejos de pensar que, durante milenios, los creyentes de toda la tierra hallarían una enseñanza en lo que él había hecho, y que serían alentados a cumplir, a su tiempo, obras apropiadas para agradar al Dios santo.

Es precioso considerar cómo Dios se acuerda de Ebed-melec. Él le dice a Jeremías: “Vé y habla a Ebed-melec etíope, diciendo: Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: He aquí yo traigo mis palabras sobre esta ciudad para mal, y no para bien; y sucederá esto en aquel día en presencia tuya. Pero en aquel día yo te libraré, dice Jehová, y **no serás entregado** en manos de aquellos a quienes tú temes. Porque ciertamente te libraré, y no caerás a espada, sino que tu vida te será por botín, porque tuviste confianza en mí, dice Jehová” (Jeremías 39:15-18).

Así, Ebed-melec recibió ya en la tierra una recompensa por el servicio hecho al siervo de Dios. Él sería librado de los hombres a quienes temía. La obra de amor que había cumplido

era el resultado de su fe: “Porque tuviste confianza en mí.” Su fe obraba por el amor (Gálatas 5:6). La fe y el amor van juntos. En la epístola a los Hebreos el amor por los santos es puesto de relieve y elogiado: “Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún” (Hebreos 6:10). Aun cuando sean sólo algunas ropas raídas, si son utilizadas por la fe y el amor para aliviar el sufrimiento de un santo o quizá para subvenir a las necesidades de un siervo del Señor, **Dios** no olvidará tal gesto.

El nombre Ebed-melec quiere decir: «Servidor o esclavo del rey», y él era eso. Era un siervo de Jehová, del Rey de reyes. ¡Quiera Dios que nosotros podamos ser tales siervos del Señor, haciendo de corazón la voluntad de Dios (Efesios 6:6)! Aun cuando se trate de un servicio que implique aportar un detalle insignificante, como esos trapos viejos y ropas raídas y andrajosas, el Señor se complacerá en decirnos: “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mateo 25:40).

Botschafter (M.E. 1991)

EN VÍSPERAS DEL DÍA DE LA LIBERACIÓN

El comienzo del libro del Éxodo nos relata la historia del pueblo de Dios cuando estaba en Egipto y cómo Dios lo libertó de la esclavitud en ese país. Dicho relato está escrito para nuestra enseñanza y nos hace pensar en el pueblo que ahora es ex-

tranjero en el mundo, que sufre y que también espera el momento de la liberación. Faraón, el rey de Egipto, es una figura del príncipe de este mundo, quien no desea otra cosa que destruir enteramente a aquellos que van a escapar de su poder, los cuales serán arrebatados para ser llevados a las moradas celestiales.

Los primeros capítulos de ese libro nos muestran, por un lado, la opresión bajo la cual gemía el pueblo de Israel y, por otro, a Dios, quien los libertaría. Desde los primeros versículos, Dios nos da a conocer el nombre y el número de aquellos que formaban parte de su pueblo y que eran extranjeros en ese país de esclavitud. Él los conocía nombre por nombre. Lo que en el pasado era cierto para Israel, también lo es hoy para aquellos que van a dejar pronto este mundo. En la epístola que nos habla de los postreros días, se nos dice que Él conoce a los que son suyos (2.^a Timoteo 2:19).

Es una inmensa gracia saber esto en los días a los que hemos llegado y en medio de una cristiandad dispersada. Es un tema de gozo para nuestros corazones conocer a algunos de aquellos que comparten esta esperanza y, cuando nos encontramos, sentimos la dicha de poder hablar uno al otro de Aquel a quien hemos de ver pronto. Nuestro Señor los conoce a todos nombre por nombre; ellos forman parte de su amada grey y Él está al tanto de todo lo que les concierne. Al resonar su poderosa voz de mando, y en un abrir y cerrar de ojos, todos serán reunidos y partirán a su encuentro en las nubes para estar siempre con Él. No faltará ninguno, puesto que de todos los que el Padre le ha dado, no se perderá ninguno.

“Aconteció que después de muchos días...” (2:23). El tiempo transcurrido puede parecer largo, y desde hace mucho

los redimidos del Señor suspiran por Su venida y le dicen: ¡“Ven, Señor Jesús”! Pero el tiempo de espera llegará a su fin: el Señor no olvida su promesa: su paciencia es para salvación de un gran número de almas.

Mientras tanto las circunstancias pueden cambiar, como sucedió en Egipto: el Faraón que oprimía al pueblo de Dios murió. Esa muerte no cambió nada de la condición en que se encontraba el pueblo ni dio alivio ni liberación; la prueba continuó su curso como antes. Tenemos que estar bien compenetrados del hecho de que si incluso cambiaran las circunstancias que hoy atraviesa el mundo, la prueba por la que pasan los santos no cambiaría ni sería mejorada. El mundo en el cual estamos no cambia. Nuestra liberación sólo tendrá lugar cuando el Señor descienda del cielo a buscarnos. No tenemos que esperar otra cosa. Los hijos de Israel suspiraban tanto después de la muerte del Faraón opresor como cuando éste vivía. Pero, preciosa gracia de la cual debemos acordarnos, el clamor del pueblo subió delante de Dios. Dios lo oyó, Dios lo miró, Dios conoció su estado y Dios recordó sus promesas. Esto es verdad hoy como en aquellos días en Egipto.

Si tal Dios poderoso conocía lo que le sucedía a su pueblo en la antigüedad, estemos completamente seguros de que Él está al corriente de lo que nos concierne a nosotros en la actualidad. En Él “no hay mudanza ni sombra de variación” (Santiago 1:17). “Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1.^a Tesalonicenses 4:16-17).

Ésta es la consolación suprema del redimido. ¡Que sea eficaz en cada uno de nosotros hoy en día!

Pero, ¿cuál es, pues, este pueblo por el cual Dios se interesaba de tan bello modo? ¿Acaso aquellos que lo componían valían más que los otros pueblos? No. Ellos no valían más que un zarzal que sólo es bueno para el fuego. Esa zarza ardiente representaba lo que era ese pueblo. El profeta dice que el mejor de ellos era “como un espino, y el más recto como zarzal” (Miqueas 7:4). Ellos no merecían otra cosa que el juicio, pero Dios, por su gracia, estaba en medio de ellos. Por eso la zarza no se consumía.

Esa era una grande y maravillosa visión, que vale la pena considerar con santo respeto, una tierra santa a la cual nadie puede acercarse sino con los pies descalzos, pues allí se encuentra la manifestación del Dios a quien le agrada mostrar su gracia, una gracia insondable. Él mismo era el que estaba en medio de su pueblo. Y Él permanece aún hoy en medio de nosotros, aun cuando nosotros no valemos más que los que perecen. Él está en medio de nosotros para guardarnos y protegernos, como lo ha hecho hasta ahora y como lo hará hasta el momento en que partamos, no para llegar a la tierra prometida, sino para ir a la “casa del Padre”, lo cual tendrá lugar dentro de poco tiempo, pues estamos llegando al final del viaje.

¡Quiera Dios que estas breves consideraciones alienten y consuelen a los que esperan su partida! “Aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará” (Hebreos 10:37).

Alf. Guignard (M. E. 1945)

HA RESUCITADO EL SEÑOR VERDADERAMENTE

(Lucas 24:34)

por F. von Kietzell

(Viene de la página 180)

Capítulo 6

Los discípulos de Emaús (Lucas 24:13-35)

1. Las cosas que sucedieron en esos días

“Después apareció en otra forma a dos de ellos que iban de camino, yendo al campo” (Marcos 16:12).

Entre los acontecimientos que hemos considerado en el capítulo anterior y aquel del cual nos ocuparemos ahora habían transcurrido varias horas. La tarde del primer día de la semana ya estaba avanzada¹⁾. Sin embargo, a pesar del mensaje que comunicaron las mujeres anunciando que el Señor estaba vivo y que ellas lo habían visto, el corazón de los suyos aún se sentía oprimido. “Dos de ellos iban el mismo día a una aldea llamada Emaús, que estaba a sesenta estadios de Jerusalén” (Lucas 24:13). Decepcionados, ellos dieron la espalda a la ciudad en la que su Señor había sido crucificado y en la cual se encontraba la tumba donde quedaron sepultadas todas sus esperanzas. Pero, ¿podrían olvidar lo que había ocurrido allí tan recientemente? “E iban hablando entre sí de todas aquellas cosas que habían acontecido” (v.14).

1) La distancia entre Jerusalén y Emaús es de unos sesenta estadios (o sea once kilómetros), lo que representa unas dos horas y media de marcha. Dado que estos discípulos llegaron a Emaús al acercarse la noche (hacia las 17 o 18 horas), se puede deducir que deben de haber partido de Jerusalén hacia las 15 horas de ese día.

El Señor, resucitado, no podía permanecer indiferente ante tal tristeza; por lo tanto, necesitaba unirse a ellos. Esa mañana, Él se había aparecido repentinamente por detrás de María Magdalena, quien estaba llorando. Se había acercado a las mujeres que huían del sepulcro y les había dicho: “No temáis.” También se había encontrado con Pedro, en quien había pensado particularmente, pues éste había cometido una grave falta. Y ahora aparecía a esos dos discípulos que, hasta ese momento, no se habían distinguido de los demás, pero a quienes quería con la misma intensidad. “Sucedió que mientras hablaban y discutían entre sí, Jesús mismo se acercó, y caminaba con ellos” (v. 15).

Notemos bien que se trata de “Jesús mismo”, de su propia Persona. Fue una de esas ocasiones en las cuales, de manera similar, “los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero”, y en las que “Jehová escuchó y oyó” (Malaquías 3.16). O, como leemos en otro pasaje: “El Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo” descendió para morar “con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados” (Isaías 57:15). O también: “No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros” (Juan 14:18).

Por cierto, ¿quién otro, sino “Jesús mismo”, habría podido levantar el ánimo de esos discípulos desalentados y, con un poder irresistible, hacerlos volver de su camino de duda y desesperación? Volveremos a encontrar una vez más la expresión “él mismo” en el relato de la resurrección (Lucas 24:36; VM).

Es cierto que Él les apareció “en otra forma” y que “los ojos de ellos estaban velados, para que no le conociesen” (v. 16); pero, sus ojos no estaban más velados que los de María Magdalena o los de los siete discípulos en el mar de Tiberias, quienes “no sabían que era Jesús”; o incluso que los de los discípulos quienes, esa noche, “pensaban que veían espíritu” (Juan 20:14; 21:4; Lucas 24:37).

Sin embargo, en el presente caso, el Señor tenía un objetivo muy preciso para no revelarse inmediatamente a los dos discípulos:

el divino Maestro tenía que abrirles los ojos espiritualmente, antes de hacerlo físicamente. ¿Y no obra así para con nosotros mientras nos hallamos caminando en este mundo hacia la meta donde la fe será cambiada en vista?

“Y les dijo: ¿Qué pláticas son estas que tenéis entre vosotros mientras camináis, y por qué estáis tristes?” (v. 17). ¡Qué “forastero” extraordinario era éste! En la respuesta de uno de los discípulos, llamado Cleofas, se percibe la sorpresa y un punto de reproche: “¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no ha sabido las cosas que en ella han acontecido en estos días?” (v. 18). ¿Era posible que se hallara en Jerusalén alguno que no se sintiera conmovido por el terrible acontecimiento que había ocurrido en aquel lugar?

En nuestros días, la noticia de lo que sucedió allí, en Gólgota, se conoce prácticamente en el mundo entero —en todo caso, en el mundo cristianizado—; sin embargo, parece que la mayoría de las personas permanecen indiferentes ante ella. Pero aún hoy se le dirige a la cristiandad un llamamiento apremiante: “¡Ojalá fueses frío o caliente!” (Apocalipsis 3:15). La tibieza y la indiferencia que reinan por todas partes en la actualidad constituyen para el Señor un objeto de disgusto y atraen su juicio. ¿Cuál es la actitud de nuestro corazón frente a los acontecimientos que ocurrieron en Jerusalén en ese entonces?

Pero, este forastero que, evidentemente, acababa de salir de las puertas de Jerusalén, ¡parecía ignorar todas esas cosas! Efectivamente, “él les dijo: ¿Qué cosas? Y ellos le dijeron: De Jesús nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo le entregaron los principales sacerdotes y nuestros gobernantes a sentencia de muerte, y le crucificaron” (v. 19-20). Este “gran profeta”, por el cual “Dios ha visitado a su pueblo”, este “Rabí... venido de Dios como maestro”, este “varón aprobado por Dios... con maravillas, prodigios y señales” que Dios había hecho por medio de él entre ellos, delante de sus ojos —Aquel que “anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el

diablo—era Jesús, a quien aquellos que estaban llamados a ser guías del pueblo ¡habían hecho morir con una muerte ignominiosa “colgándole en un madero”! (Lucas 7:16; Juan 3:2; Hechos 2:22; 10:38, 39). ¡En verdad, éstos eran hechos que incluso los más indiferentes no podían ignorar! ¿Era posible que ese forastero no supiera verdaderamente nada de todo esto?

Sin embargo, ¿qué sabían ellos mismos? ¿Habían comprendido realmente el verdadero sentido de esos acontecimientos? “Pero nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel; y ahora, además de todo esto, hoy es ya el tercer día que esto ha acontecido” (v. 21). ¿Habían esperado verdaderamente en vano, como también “todos los que esperaban la redención en Jerusalén”? Pero, precisamente, Cristo había muerto para hacer la redención. Su sangre, esa “sangre preciosa... como de un cordero sin mancha y sin contaminación” había venido a ser el fundamento divino de la redención. ¿Acaso el Señor no había hablado claramente de ese “tercer día”? Ellos, pues, no tenían motivos para estar abatidos por los eventos ocurridos en los últimos días. La causa de su pesar se encontraba solamente en sus corazones, porque ellos estaban llenos de sus propias ideas.

Es lo que comprobamos al leer esto: “Aunque también nos han asombrado unas mujeres de entre nosotros...” Lo que las mujeres habían dicho respecto al sepulcro vacío, a haber “visto visión de ángeles”, y al mensaje que llevaron anunciando “que él vive” (v. 22-23), todo ello había llegado a los oídos de estos discípulos; pero ellos, en lugar de regocijarse se encontraban completamente turbados y desconcertados. Algunos de los que estaban con ellos, incluso habían ido hasta el sepulcro y habían hallado las cosas “así como las mujeres habían dicho”. ¿Qué más les faltaba? ¡Ay!, de todo lo que ellos habían oído, sólo retuvieron esto: “Pero a él no le vieron” (v. 24).

Estos discípulos no se daban cuenta de que era Él mismo, en persona, quien estaba delante de ellos, porque tanto sus corazones como sus ojos estaban “velados”.

2. *¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas?*

“Pero a él no le vieron”. Tal fue la conclusión del relato que los dos discípulos hicieron al forastero que se acercó a ellos. “Él”, “le”, estas palabras se encontraban constantemente en sus labios. Pues, aunque sus corazones estaban llenos de una amarga decepción y del dolor de ver aniquiladas todas sus esperanzas, la causa profunda de su tristeza era que “él”, el Señor, a quien amaban más que a nadie en el mundo, les había sido arrebatado bruscamente y en semejantes condiciones.

Ahora había llegado el momento para que el propio Señor tomara la palabra. ¡Con qué gozo responde Él a la necesidad que estos discípulos tenían de su Persona! Pero, es notable la manera en que el Señor les responde. Él no atrae la atención de estos discípulos sobre su presencia corporal, sino sobre la infalible palabra de Dios, sobre el testimonio de las Escrituras (cf. Juan 5:39).

“Entonces él les dijo: ¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho” (v. 25). A su tiempo, Aquel a quien reprocharon, ¡ahora expresa sus reproches! Estos discípulos le habían preguntado: “Eres tú el único forastero en Jerusalén que no has sabido...?”; ¡pero ahora debían escuchar que les dijeran que ellos mismos eran unos ignorantes e insensatos!

¡Qué plenitud de enseñanzas hallamos en todo esto! ¡Cuántas veces, creyendo saber algo, nos sentimos seguros y vamos adelante, para luego ser detenidos por esta seria advertencia del Señor: “No sabes...”! (cf. Juan 3:2, 10; Apocalipsis 3:17). ¡Ojalá podamos prestar mucha más atención a la “paciencia y la consolación de las Escrituras” (Romanos 15:4)! Solamente ellas son una guía segura para nuestros pasos, y sólo ellas pueden hacernos sabios para la salvación (2.^a Timoteo 3:15).

Pues la fe debe ir a la par del conocimiento. Ni oír la Palabra ni leerla será provechoso si no está “acompañada de fe” (Hebreos 4:2). ¡Qué pérdida experimentaremos si nuestra fe no está en actividad y si nuestros corazones son “tardos para creer”!

Como hemos visto, para estos dos discípulos también fue una gran pérdida haber sido “tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho” (cf. Hechos 24:14). Notemos el énfasis puesto sobre la pequeña palabra “todo”. Ellos habían creído mucho de lo que los profetas habían dicho, pero habían creído principalmente en aquellas cosas que concordaban de una u otra manera con sus propias aspiraciones y con sus esperanzas humanas. Por lo tanto habían pasado por alto lo esencial. Estos discípulos no habían comprendido la necesidad absoluta sobre la cual ahora el Señor les llamaba la atención, tal como lo haría una vez más esa misma noche: “¿**No era necesario** que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?” (v. 26; cf. v. 46).

“¿No era necesario?” Necesidad bendita, ¡pero profundamente solemne! Jesús no sólo debía “padecer mucho” y ser “entregado en manos de pecadores” (Mateo 16:21; 26:45), sino que además debía ser “contado con los pecadores” (Isaías 53:12). Él había dicho: “De un bautismo tengo que ser bautizado” (Lucas 12:50), y ese bautismo era nada menos que el juicio que Dios iba a hacer caer sobre su Hijo a causa de nuestro pecado. Entonces, no solamente el pueblo cerraría su corazón a Cristo, sino que también tendría cerrado el cielo: la faz de Dios permanecería oculta para Él mientras estuviera colgado allí, suspendido entre el cielo y la tierra, rechazado por el hombre y a la vez por Dios. Pues “como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así **es necesario** que el Hijo de Hombre sea levantado, para que todo aquel que cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:14-15).

Ahora bien, una obra tan completa y tan perfecta debía tener su coronamiento. Como testimonio de que dicha obra estaba acabada, también era necesario que el Señor resucitara de entre los muertos al tercer día. Él triunfó sobre la muerte “por cuanto era imposible que fuese retenido por ella” (Hechos 2:24). Todo esto (y ciertamente mucho más) era lo que estos discípulos tenían que aprender de este forastero que se acercó para caminar con ellos.

“Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (v.27). ¡Qué lección debió de ser para ellos! ¡Y qué Maestro la dictaba! ¿Quién de nosotros no hubiera deseado estar allí, para sentir arder el corazón dentro de sí, como lo sintieron esos dos discípulos (v. 32)? Esto es lo que, verdaderamente, necesitan nuestros corazones que por naturaleza son tan fríos e insensibles. ¿Y acaso Él no se acerca así a cada uno de nosotros aún hoy? ¿No desea siempre acercarse a nosotros, tanto como entonces?

Aun cuando nuestros ojos estén “velados” de alguna manera para ver físicamente al Señor, él, presente, aunque invisible, quiere instruirnos individualmente mediante su maravillosa Palabra. Hoy nosotros la poseemos por completo. Se trata, pues, de apropiarnos de ella y creer con todo nuestro corazón “todas las Escrituras”, “comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas”, y continuando hasta el testimonio final del Apocalipsis. Así, el largo viaje de la vida nos parecerá corto: experimentaremos más y más lo que vivieron esos discípulos en el camino a Emaús.

“Llegaron a la aldea adonde iban, y él hizo como que iba más lejos” (v. 28). Más temprano de lo que hubieran creído —¡mucho más temprano!— estos discípulos llegaron a destino. Entonces el forastero que los había acompañado obró como si hubiera de continuar su viaje¹⁾, aunque comenzaba a caer la noche. Pues, ¿qué derecho podía tener este forastero para entrar en la casa y sentarse a la mesa de ellos? Si éstos no lo hubieran invitado a quedarse en su hogar, Él habría seguido su camino en la oscuridad.

¡Qué delicadeza de sentimientos, los cuales se igualan a la dulzura y perfección que sólo emanan de toda su Persona!

1) La expresión “hizo como que” no se refiere, de ninguna manera, a nada fingido ni a una falta de sinceridad. La “miel” de la cortesía humana (que es una falta de sinceridad) estaba ausente —tanto como la “levadura” — en la “ofrenda de tortas de flor de harina” que representa Su perfecta vida (Levítico 2:11).

¿Cómo, pues, habrían podido dejar que el Señor siguiera su camino?

“Mas ellos le obligaron a quedarse, diciendo: Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya ha declinado” (v.29). La solicitud que estos discípulos manifestaron hacia el Señor, sin duda provenía de sus buenos sentimientos, pero sobre todo del deseo de gozar aún de su compañía. Por eso “ellos le obligaron”, poniéndose por delante de Él, por así decirlo, para cerrarle el paso¹⁾. ¿Cómo debió regocijarse el Señor al verse obligado de esa manera! De la misma manera, Lidia, la vendedora de púrpura, “obligó” a los siervos del Señor a entrar en su casa, después de que el Señor abriera el corazón de ella “para que estuviese atenta a lo que Pablo decía” (Hechos 16:14-15).

¿Qué le diremos nosotros ahora al Señor después de haber leído esto? ¿No desearemos también «cerrarle el paso» para impedirle que se aleje? ¿O tal vez nuestro corazón está lleno de otras cosas, como fue el caso de los gadarenos (Marcos 5), ante los ojos de quienes sus animales inmundos tenían más valor que la presencia de Jesús y que, en consecuencia, “comenzaron a rogarle que se fuera de sus contornos”?

Vemos que el Señor no obliga a nadie; pero, inversamente, cuando se trata de obligarlo a quedarse, Él no puede resistirse a hacerlo frente al insistente ruego de sus dos discípulos: “Entró, pues, a quedarse con ellos.” La insistencia de éstos le permitió acabar la obra que Él quería hacer en sus corazones.

3. Les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron

El forastero entró, pues, a la casa y se sentó a la mesa de ellos. Pero, hecho notable, aunque Él fuera el invitado, tomó desde el principio el lugar del dueño de la casa. “Y aconteció que estando

1) La expresión griega utilizada aquí es semejante a la que se traduce por “tomar por violencia” o “esforzarse por” en Mateo 11:12 y Lucas 16:16.

sentado con ellos a la mesa, tomó el pan y lo bendijo, lo partió y les dio” (v.30).

Cada detalle de esta tercera escena del relato que estamos considerando es precioso y conmovedor. El forastero se encontraba ahora en el centro de la acción. Hoy, nosotros sabemos que, evidentemente, él tenía pleno derecho a tomar el lugar que ocupó en medio de ellos en ese momento; pero a estos anfitriones todo esto debió sorprenderlos en gran manera.

¿De qué manera inimitable Él tomó el pan! ¿Quién podría “bendecir” así? ¿Quién podría dar gracias por ese don de Dios de manera tan sentida? ¿Ningún otro distribuía el alimento de esa manera! ¿Cómo habrán mirado estos discípulos al Señor, mudos de asombro! Todo sucedía exactamente como cuando Él había distribuido los cinco panes —luego siete— entre la multitud hambrienta; o como cuando había dado el pan que representaba su cuerpo en aquella reunión inolvidable en el aposento alto (Mateo 14:19; 15:36; 26:26).

“Entonces les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron” (v. 31). ¿Podemos estar seguros de que ellos jamás olvidarían ese momento! Así como el sonido de Su voz había revelado a María quién era Aquel que estaba detrás de ella, así también aquí, al mirar Su mano bendita que proveía a sus necesidades, el velo que estaba sobre los ojos de estos discípulos les fue quitado. Éstos reconocieron que era el Señor mismo quien se les había acercado en el camino para caminar junto a ellos, y quien los había instruido, mediante la Palabra de Dios, de manera tan extraordinaria.

Pero, ¿no encontramos algo más? Lo que el Señor acababa de hacer correspondía a la costumbre de su tiempo (cf. Hechos 27:35). Aun cuando en este pasaje no se trata de la Cena, el gesto de partir el pan siempre nos hace dirigir nuestras miradas al recuerdo de su muerte. Aquel que había muerto se revelaba como el Viviente, como el Resucitado de entre los muertos. Entonces toda la pena y decepción que sentían estos discípulos desaparecieron al

contemplar, con sus ojos abiertos de ahí en adelante, a Aquel que había estado muerto, pero que ahora estaba vivo.

¡Qué momento dichoso vive hoy un creyente cuando comprende esto! ¡Y cuán inmensa será la dicha cuando la fe haya dado lugar a la vista! Entonces veremos “tal como él es” (1.ª Juan 3:2) a Aquel que nos habrá acompañado con tanta fidelidad a lo largo de todo el camino, sin dejar nunca de instruirnos y de alentarnos por el poder de su Palabra. Mientras esperamos ese momento bienaventurado, no haríamos bien si creemos que no podemos recorrer nuestro camino con el corazón lleno de gozo, y desde ahora.

Para los discípulos tampoco había llegado aquel momento. Ellos también, así como María Magdalena, habrían de ver que su Señor los dejaba de nuevo: “Él se desapareció de su vista” (v. 31). Pero los hombres y las mujeres que lo habían seguido no quedaron desconsolados por su partida, y tampoco lloraron cuando, cuarenta días después, Él fue alzado al cielo. Así como el funcionario etíope no se vio afectado por la partida de Felipe y continuó su camino lleno de gozo (Hechos 8:39), así también los dos discípulos tenían el corazón tan lleno de gozo que no se sintieron privados de la presencia física de Él, ahora que tenían la certeza de que estaba vivo. La enseñanza que les había brindado, los recuerdos que tenían de Él, sus palabras, su mirada, todo esto permanecía en ellos. Muy lejos de sentir una nueva decepción, “se decían el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?” (Lucas 24:32).

He aquí exactamente lo que hoy día necesitan los santos: corazones que ardan dentro de ellos a causa de su Palabra. Las numerosas voces extrañas que se hacen oír ante nuestros oídos no producen este efecto, en contraste con la voz familiar del buen Pastor, cuyas palabras “son espíritu y son vida”. A tal buen Pastor se dirigió Pedro un día, porque su corazón ardía dentro de sí, y le dijo: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”

(Juan 6:63, 68). ¡Ojalá podamos sentarnos más a menudo cerca de esta fuente inagotable!

“Y levantándose en la misma hora, volvieron a Jerusalén, y hallaron a los once reunidos, y a los que estaban con ellos” (v. 33). Sus corazones, ahora ocupados por la persona de su Señor resucitado no les permitían quedarse allí donde la incredulidad y el desaliento los había conducido. Sin dudarlo, se levantaron “en la misma hora” para volver. Poco les importó el largo y penoso viaje que tenían que hacer en sentido inverso. Tampoco dejaron que la oscuridad de la noche los detuviera. Sus corazones continuaban ardiendo y sentían una ferviente necesidad de comunión con los amados del Señor. Se dieron prisa también para anunciarles la gloriosa nueva de la resurrección.

Sin embargo, el Señor también había manifestado su gracia entre los que se habían quedado en Jerusalén. En cuanto se encontraron con ellos los dos discípulos de Emaús, aquéllos acogieron a éstos diciéndoles: “Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón” (v. 34)¹. Entonces, a su turno, los dos discípulos “contaban las cosas que les habían acontecido en el camino, y cómo le habían reconocido al partir el pan” (v. 35).

“De la abundancia del corazón habla la boca” (Mateo 12:34). Así, pues, de corazones que “arden”, porque están ocupados de Él, proceden palabras y actos que glorifican y exaltan su Nombre sin igual.

(Continuará)

1) En contraste con esto, Marcos nos describe a los otros en su incredulidad y endurecimiento de corazón (16:13-14). Este hecho nos muestra claramente nuestra incapacidad para hacer concordar los Evangelios con nuestra limitada comprensión.

ÍNDICE

Año 2006

Alzaré mis ojos a los montes <i>P. Fuzier</i>	1
Amor (El) fraternal o el fruto del Espíritu en el creyente <i>Anónimo</i>	153
Amor (El), rasgo distintivo del testigo de Cristo <i>L. Porret-Bolens</i>	189
Carta de F. Prod'hom <i>F. Prod'hom</i>	32
Comunión (Acerca de la) <i>P. Fuzier</i>	145
Confesión (la) ¿Qué es? <i>Anónimo</i>	162
Entre las ovejas del Pastor <i>R.E.L.</i>	19
Espigueos <i>G.V. Wigram</i>	137
Espíritu (Por el) <i>P. Fuzier</i>	37
Espíritu Santo (el) como poder <i>J.N. Darby</i>	89
Espíritu Santo (La libre acción del) <i>A.H. Burton</i>	24, 54, 93
Espíritu (Sed llenos del) <i>M. Tapernoux</i>	44
Espíritu (Un) de poder <i>M. Tapernoux</i>	73
Fragmento <i>Anónimo</i>	136
Fuego para los que tienen frío y alimento para los que tienen hambre <i>W.J. Hocking</i>	10
Ha resucitado el Señor verdaderamente <i>F. von Kietzell</i>	33, 68, 103, 138, 176, 205
Jesús desamparado (Acerca de) <i>Respuestas de autores varios</i>	130
Misterios <i>P. Fuzier</i>	109
Otro Consolador <i>J.N. Darby</i>	65
Pensamiento <i>Anónimo</i>	23
Testigos <i>M. Tapernoux</i>	181
Trapos viejos y ropas raídas <i>Botschafter</i>	197
Soportad la palabra de exhortación <i>Anónimo</i>	170
Una sola cosa <i>A. Gibert</i>	4
Un Espíritu de poder <i>M. Tapernoux</i>	73
Vísperas (En) del día de la liberación <i>Alf. Guignard</i>	201

*Cristo solo es nuestro anuncio,
nuestra prédica Él será;
también de Cristo viviremos,
y así Él solo se verá.*

*Cristo solo es quien nos salva,
su amor por siempre es vencedor;
de nuestro mal sufrió las pruebas,
y ahora es nuestro Intercesor.*

*Cristo es quien nos santifica,
y embarga todo nuestro ser
con su gracia, su luz, su vida,
y de la fe es el poder.*

*Nuestro todo en todo Tú eres,
¡oh Cristo! y es tu plenitud
la Iglesia aquí por quien Tú vienes,
a llevar en tu beatitud.*

*Cristiano, alaba a tu Señor,
proclama sus bondades,
anuncia a todos su favor,
su gracia y sus verdades.*

*Alaba, siempre, alaba al Salvador,
canta ¡oh canta la historia de su amor!*

*La buena nueva de salud
declara al angustiado,
ensalza siempre la virtud
de Aquel que te ha salvado.*

*Con fe, constancia y gran valor
sé siempre buen testigo,
no te avergüences del Señor,
que en cruz por ti ha sufrido.*